**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***13. Las pruebas de un rey***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***13. Las pruebas de un rey***

*Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva la firmeza de mi espíritu. No me alejes de tu presencia ni me quites tu santo Espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación; que un espíritu obediente me sostenga.*Salmos 51:10-12 (NVI).

**Introducción**

Cuando observamos el progreso de David como rey de Israel, descubrimos que tuvo sus problemitas por querer obtener lo que deseaba. Nadie, ni el rey David, se sale con la suya cuando mantiene sus actos pecaminosos en secreto. En realidad, a menudo acabamos pecando más, mintiendo y engañando para encubrir la realidad de nuestras malas decisiones.

**Nuestra naturaleza pecaminosa**

Al principio las cosas no podrían haber sido mejores para David o Israel. Después de ser ungido como rey, parece que todo lo que intenta hacer le salía bien. Israel había recibido muchos ataques de los ejércitos invasores, pero bajo su liderazgo su ejército acumula una serie impresionante de victorias, que incluyen derrotar dos veces a los feroces filisteos y hasta libertar a Jerusalén de la mano de hierro de los jebuseos. En una sola batalla contra los arameos el ejército de David mató a cuarenta mil soldados. Tan impresionante es esta victoria que todos los otros reyes que apoyaban a los arameos se rindieron e hicieron la paz con Israel.

Sin embargo, David es más que un gran líder militar. Recuerda que Dios lo escogió por la inclinación de su corazón hacia él, y es este corazón tierno lo que le permite a David liderar a su pueblo también en lo espiritual. Bajo su liderazgo, el arca del pacto vuelve a Jerusalén, un hecho de tal magnitud que los israelitas lo celebraron con un gran desfile. La Biblia dice que David “se puso a bailar ante el Señor con gran entusiasmo” mientras el arca entraba a Jerusalén (2 Samuel 6:14). Ahora la ciudad no solo es la capital nacional de Israel, sino también su capital espiritual.

Todo por la entrega del corazón de David al Señor.

David, el pastor lleno de polvo, se ha convertido en el hombre del renacimiento de Israel. Es un guerrero feroz, un habilidoso poeta y un rey compasivo que ama a Dios y le sirve con intensa pasión. Bajo su liderazgo Israel prospera. El ejército continúa derrotando a todo enemigo que se atreve a atacarlos. La vida es bella para David. Hasta que él decide ceder a su naturaleza pecaminosa.

Esto sucede una tarde de primavera en la que David no puede dormir. Después de caminar de un lado a otro, sube a la terraza a tomar algo de aire fresco y de repente nota a «la vecina de al lado». Ella se está dando un baño y es muy hermosa (David no puede evitar mirarla).

Debemos hacer notar que David no estaba afuera en el terrado con unos lentes binoculares o una cámara, explorando el vecindario. Sin embargo, David no solo la contempló; de inmediato quiso tenerla. En ese mismo instante y sin importar el costo. De modo que envía a uno de sus sirvientes a averiguar quién es ella: Betsabé, esposa de Urías, uno de sus leales soldados que en esos momentos se encuentra lejos en la guerra peleando para su rey. A continuación, David envía a un mensajero a traerla, duerme con ella y la manda de vuelta a casa. Un poquito después, Betsabé le hace saber a David que está embarazada.

**Todo sucedió así de rápido**

En un momento, David es el rey apreciado por Dios de la nación especial que está construyendo, un hombre justo con un corazón para el Señor. Al minuto siguiente, se encuentra andando por sus propios caminos, buscando satisfacer sus apetitos. ¿En qué estaba pensado? ¿Cómo puede alguien tan dedicado a Dios bajar la guardia tan rápidamente? Se trata de una de esas tragedias de la Historia Secundaria, y todavía suceden hasta el día de hoy. Probablemente hayas oído la expresión: «Mientras más alto uno se halla, más dura es la caída». Uno de los mayores peligros del éxito es que nos vende la falsa idea de que ya no necesitamos más a Dios. Piensa en aquellos grandes líderes en el gobierno, los negocios, la industria del entretenimiento y los deportes que han caído por causa de sus elecciones inmorales. En casi todos los casos, esos hombres y mujeres lo tenían todo, al igual que David. Éxito, dinero, poder, fama. Cuando las cosas salen de maravillas –cuando todo anda mejor de lo que jamás podríamos haber soñado– hay que tener cuidado. Ahí es cuando somos más propensos a tomar las cosas en nuestras manos y pensar que merecemos tener lo que queremos.

Con David la cosa se puso peor. Este rey y poeta que una vez escribió: “Apártate del mal, y haz el bien; busca la paz, y síguela” (Salmos 34:14), ahora se encuentra envuelto en un escándalo y hace lo que la mayoría de las personas hacen cuando han cometido un error y temen que sea expuesto. El planea cómo encubrirlo, elabora un plan malvado. Envía a Urías –el esposo de Betsabé y un soldado leal de gran integridad– a la batalla, y luego de forma secreta le dice a su comandante que lo ponga en la primera línea de combate, donde seguramente moriría. Con Urías fuera de escena, David se casa con Betsabé, ella tiene a su bebé y él esquiva el problema. No exactamente.

Con Dios no hay encubrimientos, y en el caso de David, su secreto no se puede ocultar por mucho tiempo. Un profeta llamado Natán lo confronta con su pecado, recordándole que no pecó solo contra Betsabé y Urías, sino contra Dios mismo. David cometió un error y empeoró las cosas al tratar de taparlo, como si pudiera estar por encima de la ley de Dios.

**Nuestra reputación, o la de Dios**

Así que el secreto de David aflora, ya que toda acción pecaminosa a la larga sale a la luz. Al igual que Saúl, el comportamiento de David podía haber echado todo a perder y arruinar su habilidad de liderar a la nación de Israel. Esto no sucede porque hay una diferencia crucial, y tiene que ver con la actitud de David.

Cuando Samuel confrontó a Saúl con respecto a su desobediencia, él trató de justificar su conducta y poner excusas. Nunca se responsabilizó por su pecado completamente. Aun si pensamos que su pecado parece ser menos atroz que el de David (aunque no hay una jerarquía de pecados a los ojos de Dios, ya que todos nos hemos desviado de su santidad), Saúl era demasiado orgulloso para admitir que había actuado mal.

David, por otra parte, responde a la acusación de Natán con estas palabras: “¡He pecado contra el Señor!” Y dice la verdad. Asume la responsabilidad total del error en sus caminos, admitiendo que había hecho mal. Al buscar el perdón de Dios, David escribe uno de los más hermosos poemas de todas las Escrituras. Este comienza así:

*Ten compasión de mí, oh Dios, Conforme a tu gran amor; Conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones. Lávame de toda mi maldad y límpiame de mi pecado* (Salmos 51:1-2).

Dios sabe que romperemos sus reglas. Reglas que él estableció para ayudarnos a vivir bien y tratar a los demás con amabilidad y respeto. Cuando eso sucede le rompemos el corazón, pero tal cosa no le impide darnos el más notable don que puede dar: *el perdón*. No obstante, él solo puede hacerlo si reconocemos lo que hemos hecho y nos negamos a racionalizar para intentar escapar de nuestra responsabilidad. Una de las promesas más grandes de la Biblia es esta: “Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad” (1 Juan 1:9). Dios está más interesado en cómo respondemos cuando quebramos las reglas que en simplemente castigarnos por desobedecer. Él quiere saber lo que hay en nuestro corazón, si somos humildes y estamos dispuestos a aprender de nuestros errores, si somos orgullosos y estamos a la defensiva, haciendo caso omiso a nuestra necesidad de la misericordia y el amor de Dios. A pesar de este comportamiento horrendamente pecaminoso, David comprendió que había pecado más que nada en contra de su Dios.

Si avanzamos hasta el libro de Hebreos en el Nuevo Testamento, encontramos una sección a menudo llamada «el salón de la fe», una lista de hombres y mujeres consagrados y fieles en la Biblia, y justo en el medio de la lista se encuentra David. No hay un asterisco junto a su nombre con una nota al pie que diga: «No se le tiene en cuenta su pecado contra Betsabé y Urías». La desobediencia es desobediencia, pero lo que David hizo fue tan engañoso, tan perverso, que uno pensaría que su nombre estaría en otra lista: «el salón de la vergüenza». En cambio, está justo allí al lado de Abraham, Moisés y Gedeón.

¿Por qué Dios permite que eso suceda? ¿Por qué David todavía es considerado el mayor rey que tuvo Israel y lo recordamos por su corazón entregado a Dios, no por su desliz moral? Y más importante, ¿cuál es el mensaje de la Historia Secundaria para cada uno de nosotros que estamos viviendo de maneras que no agradan a Dios?

La respuesta comienza allá en el jardín. Aunque lo intentemos, no podemos ser perfectos. Debido a la elección de Adán y Eva, todos nosotros luchamos con la tentación y a veces cedemos ante ella. Aun cuando Dios eligió a David para que fuera el rey de su nación, él sabía que David era humano y por lo tanto no podía ser perfecto.

Estoy convencido de que hay otra razón para que el pecado de David y la forma en que lo manejó lo hayan llevado a estar al salón de la fe de Dios. Una de las verdades más trágicas acerca del pecado es que tiene sus consecuencias. El perdón de Dios nos restaura a una relación correcta con él, pero no elimina las consecuencias de nuestras acciones. Si observamos la vida de David, notaremos que todo marcha bien hasta su encuentro con Betsabé. Desde ese punto en adelante todo se viene abajo. Su bebé muere. Su hija es violada. Su hijo Absalón organiza una rebelión contra él y trata de usurpar el trono. Después ese hijo muere y tiene lugar otra rebelión más contra su reino. David pudo haberse amargado y enojado con Dios por no intervenir e impedirle tener que lidiar con todos esos golpes aplastantes, pero no lo hizo. En cambio, le hizo frente a las consecuencias de su pecado con dignidad. Aunque muchas cosas se volvieron amargas para él, al final de su vida David está todavía profundamente enamorado de Dios. Su oración final frente a su nación reunida está llena de alabanza y gratitud hacia Dios.

Ahora bien, he aquí la mejor parte de esta historia. Debido a que David se hizo responsable por su pecado y aceptó las consecuencias de su comportamiento, Dios continuó bendiciéndolo de otras maneras, incluyendo el hecho de permitirle tener más hijos con Betsabé. Uno de esos hijos fue Salomón, que continuaría el linaje de David como rey de Israel.

**Conclusión**

Así es como Dios obra. A él le encantaría que todos fuéramos como Urías, el soldado leal que sirvió a su rey con abnegación. Nos exhorta a ser como Natán, teniendo el coraje suficiente para confrontar a un amigo que ha tomado un mal camino en la vida. No obstante, si al igual que David hacemos algo horriblemente malo, Dios todavía nos ama y puede usarnos para traer a otros a él siempre que tengamos el carácter suficiente para admitir nuestro pecado, aceptar las consecuencias y continuar amándolo con todo nuestro corazón, nuestra alma y nuestra mente.

Quizás la razón por la que David todavía sigue siendo uno de los personajes más celebrados en la historia de Dios sea a fin de poner de manifiesto este mensaje para la gente común como tú y yo: ¡Si Dios puede redimir a un hombre que hizo algo tan horrible y restaurarlo a una posición tan noble, imagina lo que puede hacer por nosotros! Imagina lo que puede hacer a través de nosotros para su reino.